

Arquitectura de autor

No está nada claro el origen de la expresión ni, en consecuencia, su real significado. De manera que puede abarcar cualquier cosa: desde frivolidades estilísticas puestas de moda por los *mass media* o incluso las revistas especializadas hasta obras cargadas de fuerza renovadora que pueden o no haberse beneficiado de la atención de los medios. Por eso es necesario desechar los juicios totalizadores: tanto los de quienes juran que todo lo que se produce bajo esa etiqueta es digno debe ser reverenciado como los de quienes asumen la posición opuesta de que se trata de obras efímeras, frívolas, cuando no de simple y pura basura.

Si entre los primeros lo que se suele encontrar es un provincianismo tan superficial como vanidoso, entre los segundos asoma frecuentemente un progresismo trasnochado e igualmente insustancial. Hoy, como siempre, lo que se impone es dejar de lado las etiquetas y analizar las obras concretas, sopesando sus virtudes y defectos.

Los comentarios vienen al caso a propósito de una de las últimas obras de Norman Foster, la nueva sede de la *Hearst Corporation* en Nueva York, inaugurada en 2006: una de las más rutilantes estrellas del *star system* arquitectónico proyectando para una empresa indisolublemente ligada a la historia y la leyenda de William Randolph Hearst, (a) *Citizen Kane*; antecedentes de suficiente peso como para eventualmente llevar a los primeros a deshacerse en ditirambos y encajonar a los segundos en críticas pseudomoralistas.

Generando un audaz y polémico contraste, la torre de acero y vidrio se encaja en la antigua sede Art Deco de la corporación, proyectada por Joseph Urban en 1926. Pero más allá de los valores formales, la torre destaca por el esfuerzo por crear un edificio ecológicamente de vanguardia: el sistema estructural de mallas triangulares de cuatro pisos de altura cada una, además de darle su aspecto característico y estar constituido en un 90% por material reciclado, permitió ahorrar un 20% de materiales estructurales en comparación con un edificio convencional de oficinas equivalente; las previsiones para maximizar el uso de luz y acondicionamiento climático naturales han permitido reducir en un 26% el consumo de energía respecto a los estándares establecidos por las ordenanzas, equivalente a la reducción de 869 toneladas anuales de dióxido de carbono; los techos recogen las aguas de lluvia y las reutilizan dentro del edificio para el riego de plantas y el acondicionamiento climático, reduciendo en un 25% el volumen de aguas de lluvia enviados a los drenajes de la ciudad. Estos aspectos y otros que sería largo enunciar justificaron el otorgamiento de la mención de oro del programa de certificación LEED del Consejo de Edificios Verdes de los Estados Unidos. Algo más, entonces, que formalismo o simple moda.